

## Los agricultores que se van a las ciudades mantienen sus vínculos con el campo



► Páginas 6 a 11

### La heterogeneidad en la vida rural marca la agricultura a medio tiempo

Una gama de características y comportamientos económicos y sociales signan a estos productores.



► Pág. 3

### Gran cantidad de 'residentes' viven atados a las ciudades

El trabajo y la familia impiden que los comunarios 'residentes' retornen a la vida rural.



► Pág. 5

### Químicos y tractores llevan la 'modernidad' al campo

La mecanización ayuda a mejorar el tiempo de cultivo, pero los químicos están dañando la tierra y la salud humana.



► Pág. 9

# PRESENTACIÓN

Director Ejecutivo de  
TIERRA:

- Gonzalo Colque

Responsable editorial:

- TIERRA

Fotografías:

- TIERRA

Redacción:

- TIERRA

Edición:

- Rubén Martínez

Diseño y diagramación

- TIERRA

Edición digital

- Rudy Idiáquez R.

**L**as deprimidas condiciones socioeconómicas del área rural impulsan a muchos productores a dejar sus parcelas y migrar a las ciudades en busca de nuevas y mejores oportunidades que les ayuden a solventar su vida y la de sus familias a cambio de vender su fuerza de trabajo. En ese momento adquieren la calidad de agricultores a medio tiempo, porque no se desprenden del todo de la producción agrícola ni de las organizaciones comunales.

La inserción en las urbes es dura, pero los que logran consolidar un oficio, han llegado a consolidar también una estabilidad económica suficiente para costear la vida de sus familias en las dinámicas ciudadinas. Esos procesos se inscriben en las actuales transformaciones agrarias y en la relación entre la ruralidad y la ciudad.

En esta edición “Nuestra Tierra” presenta una aproximación a esta problemática, a través de artículos de análisis y de un reportaje a uno de los agricultores a medio tiempo.

Es necesario remarcar que este acercamiento es empírico y está orientado por un sentido prioritario. Con estas indicaciones, invitamos a la lectura del contenido que les entregamos en estas páginas.

Con el apoyo de:



Impresión:

Imprenta Inventa

Distribución:

Nacional

Depósito legal:

4-2-2792-13

La Paz, Bolivia - 2016

# La heterogeneidad en la vida rural marca la agricultura a medio tiempo

*Al trabajador agrario a medio tiempo en las comunidades del altiplano de La Paz se lo puede definir desde dos puntos de vista: primero, desde la comunidad de origen y su relación con los trabajos extra prediales y segundo, desde el trabajo urbano de los campesinos migrantes a las ciudades o residentes que mantienen sus vínculos con la comunidad. En medio de ambas, hay una heterogénea gama de características y comportamientos económicos y sociales que signan a estos productores.*

Bajo estas dos perspectivas se puede constatar que muchas familias del área rural, a pesar de ser productores exitosos o campesinos acomodados, como es el caso de los productores de leche en algunas comunidades del municipio de Tiwanaku, sus actividades se complementan con ingresos no agrícolas provenientes, entre otros, de la construcción, del servicio de transporte y una diversidad de labores agrícolas.

Esta constatación empírica nos permite comprender la ruralidad actual, donde la comunidad homogénea del pasado se ha transformado en una comunidad heterogénea conectada al mundo global.

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) clasifica en dos tipos a la agricultura a medio tiempo, dependiendo del origen de los ingresos y el tiempo de trabajo: en primer lugar, agricultura a tiempo parcial de predominio agrícola, donde más de 50 por ciento de los ingresos provienen de la agricultura y los productores trabajan más de la mitad de su tiempo en esa actividad. En segundo lugar, la agricultura a tiempo parcial de predominio no agrícola, corresponde

a los productores que reciben más del 50 por ciento de sus ingresos por actividades desarrolladas fuera de la agricultura y ejercen también fuera de ella más de la mitad de su trabajo.

Según esta caracterización los agricultores a tiempo parcial, de predominio agrícola son aquellas familias que cultivan directamente la tierra y a la vez cumplen con actividades laborales externas, que varían desde ser albañiles, transportistas u otros oficios que no necesariamente tienen lugar en la ciudad, sino que pueden realizarse en ciudades intermedias como Patacamaya, Achacachi, Tiwanaku. En cambio, los productores a medio tiempo de predominio no agrícola son aquellas familias en las que su actividad principal es, por ejemplo, el comercio, el transporte, la construcción, como servidores públicos, pero por sus vínculos familiares y comunales también trabajan su tierra. En este caso, generalmente los fines de semana.

Por ejemplo, en una asociación de productores de leche de 30 miembros en una comunidad del municipio de Tiwanaku, más del 40 por ciento se dedican a actividades complementarias, a pesar de tener predominio agrícola-pecuario. Ese total está compuesto por albañiles que trabajan en la misma comunidad (24 por cien-

to), aunque debido a la demanda de sus servicios también laboran en la población de Tiwanaku y algunas veces en la ciudad de El Alto. Estos obreros de la construcción prefieren trabajar cerca de su comunidad porque así en las mañanas pueden ayudar a ordeñar la leche y transportar el producto hasta los lugares de acopio, antes de cumplir con las tareas extraprediales. De los productores con actividades complementarias, el diez por ciento se dedican al transporte interprovincial o local (ver gráfico).

El hecho de que una parte de familias de la comunidad tengan actividades extra-agrícolas, hasta la fecha no ha condicionado la vocación y trabajo de las demás. Por eso el 59 por ciento de los productores mantienen el predominio agrícola a tiempo completo, se dedican a la producción lechera y además cultivan papa, quinua, cebada y haba en su parcela de tierra o en tierras colectivas (*aynuqas*).

La clasificación de la OCDE está determinada por el origen de los ingresos, lo que coincide con el destino de los productos que se comercializan, o con las remuneraciones por trabajos asalariados, pero deja de lado el destino de otros productos que son fruto también del trabajo agrícola de las familias. En el caso de la comunidad productora de leche, el

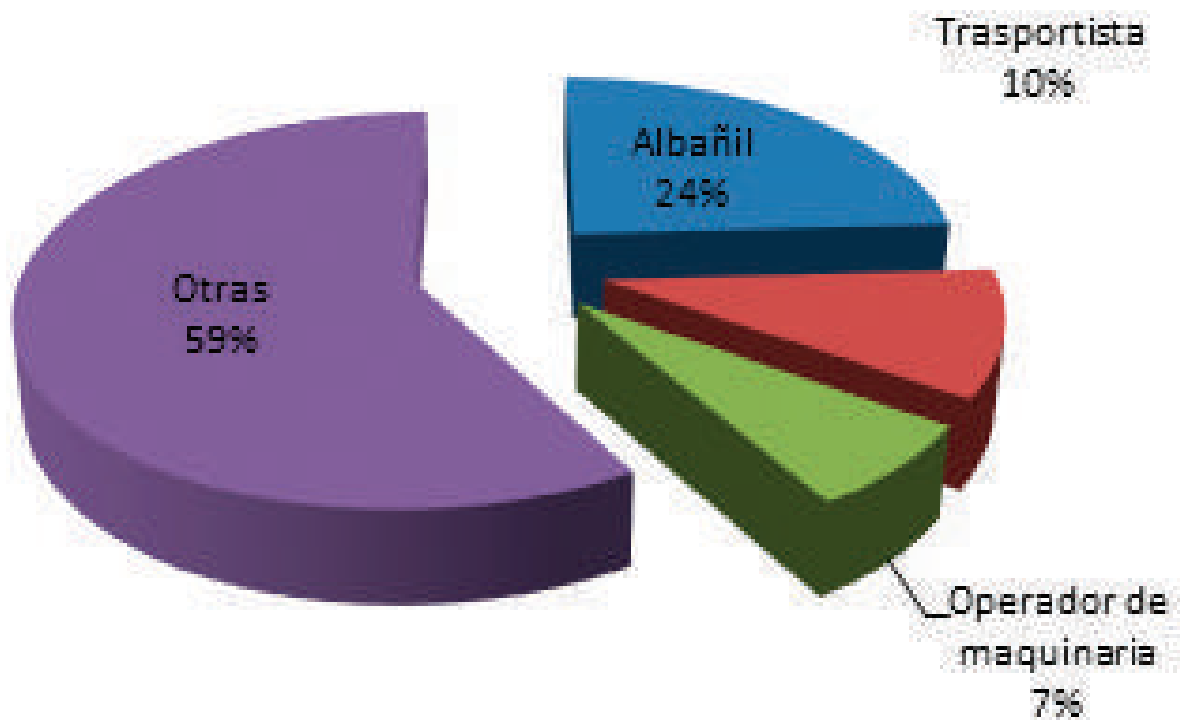
producto se comercializa, pero los otros productos agrícolas, que son parte de la diversificación, como la papa y todos sus derivados, el haba, la quinua, oca, papaliza, izañño y otros, no se comercializan y sirven para el autoconsumo.

Si nos centramos en una asociación de productores de leche en una comunidad del altiplano podemos constatar, que aparte de la agricultura, las familias campesinas se dedican a una variedad de actividades económicas.

La doble residencia entre la ciudad y la comunidad, es un fenómeno que repercute en el sistema productivo y los agricultores a medio tiempo son el resultado o parte de este fenómeno, puesto que a pesar de estar ausentes de la comunidad, siguen cultivando la tierra, así sea los fines de semana.

La trayectoria de esta forma de agricultura está relacionada con la seguridad alimentaria de las familias migrantes y no tanto con criterios de renta, al menos en la comunidad a la cual hemos involucrado en esta reflexión. Se trata de una estrategia de vida que adopta la familia frente a la depauperación de la economía rural.

Mientras este contexto económico y social se mantenga, es difícil imaginar la desaparición de la agricultura a medio tiempo y de las dinámicas que desencadena.



# La agricultura a medio tiempo como forma de acumulación originaria

*La indefinición de las clases sociales en el agro pasa por la ausencia de transformaciones estructurales, lo que permite al campesino optar estrategias de acumulación originaria que no sobrepasan los límites de la acumulación capitalista debido a su atraso estructural.*

Esta situación empuja al campesino de hoy a adoptar una estrategia familiar que permita esa acumulación inicial: dedicar el menor tiempo posible a la agricultura familiar, ampliar el resto de los tiempos en actividades económicas extraordinarias y, que estas actividades permitan ampliar ingresos.

A este tipo de productores se ha denominado campesinos a me-

dio tiempo en relación al calendario agrícola.

La familia de Julián Villca, de la provincia Aroma, ligada a la ciudad intermedia de Patacamaya es una experiencia ilustrativa de esta dinámica económica y social. Produce papa, para ello rotura la tierra, hace barbecho, prepara la tierra, requiere insumos agrícolas, siembra y finalmente cultiva.

Villca vive en su comunidad pero realiza sus actividades económicas en dos ámbitos locales: en febrero de cada año, durante dos semanas él rotura la tierra, el resto de su tiempo trabaja como transportista desde Patacamaya a otras comunidades aledañas, combinando este oficio con otras actividades menores. Entre tanto, la esposa y los hijos quedan al cuidado de las cinco vacas lecheras que posee y que diariamente producen 45 litros de leche, los cuales venden a la empresa PIL.

Con esta forma de distribución de tiempos se ha profundizado la

división social del trabajo familiar orientada a la participación en el mercado y la venta de servicios.

En el mes de marzo Villca, vuelve a remover la tierra para realizar el barbecho correspondiente y ocupa dos semanas de su tiempo en esta actividad. El resto del tiempo continua con la actividad rutinaria del transporte en la ciudad intermedia.

Lo mismo sucede en junio, es decir, Villca vuelve al trabajo agrícola durante una semana, esta vez para la limpieza (*phinch'a*) y preparado de la tierra. En el mes de septiembre, Julián se prepara para el traslado de guano a las parcelas donde se efectuará la siembra del año. Junto a su esposa traslada el fertilizante en una semana (lunes a viernes) en unos fornidos burros por la geografía accidentada. Cumplida esta labor, vuelve al volante el resto del mes.

La primera semana de octubre, Julián Villca planifica la siembra con toda su familia: desde las se-

millas, el arado, la fuerza de trabajo familiar y los jornaleros en caso que sea necesario. La segunda semana comienza la siembra con la alegría y esperanza de obtener un buen producto.

Para un buen crecimiento y rendimiento del cultivo, tiene que realizar nuevas tareas o labores culturales del cultivo de la papa como el deshierbe y el aporque. Esta actividad le ocupa tres días, con ello habrá concluido su calendario agrícola quedando para el siguiente año las otras actividades pendientes de cosecha.

La división social del trabajo familiar obedece, fundamentalmente, al proceso de acumulación originaria de las familias campesinas lo que obliga a la familia adoptar estrategia de vida para obtener más ingresos económicos. Esta doble función económica puede inducir a la conformación de la clase media rural pero no genera una clara diferenciación social en las comunidades rurales del altiplano.



# Gran cantidad de comunarios 'residentes' viven atados a la ciudad

*La necesidad de contar con mayores ingresos para cubrir las necesidades familiares empujan a los campesinos a salir a las ciudades. En ese proceso se convierten en agricultores a medio tiempo, con una parte de su vida en las urbes y otra en su comunidad de origen, aunque en el campo los conocen como 'residentes'. Muchos de ellos quedan atrapados por las dinámicas económicas ciudadinas y ya no pueden retornar al campo.*

Los testimonios lo corroboran, una mitad de la población rural vive y trabaja entre su comunidad y alguna ciudad. Esto se debe a que las actividades agrícolas solas no son suficientes para satisfacer las necesidades de las familias rurales y éstas deben migrar a la ciudad para completar sus ingresos. Varios factores alienan a los pobladores a tomar esta decisión, entre ellos, la falta de agua y tierra, las inclemencias del clima que afectan a la producción agrícola.

Esta dinámica ha generado un grupo social que en las comunidades es conocido como 'residentes'. Se trata de pobladores que viven más tiempo en la ciudad que en el campo y desde hace unas décadas atrás han influido de diversa forma en sus comunidades de origen. Sin embargo, como en todos los procesos sociales, existe una diversidad de 'residentes'. Existen los que se pueden catalogar como permanentes por el largo tiempo que llevan en las urbes y suman una gran cantidad; otros en cambio, son pasajeros puesto que retornan a sus comunidades después de un breve lapso en las ciudades.

Juan Machaca es un 'residente' de larga data. Tiene 50 años de

edad y es oriundo del municipio de Taraco. Vive en la ciudad de El Alto desde sus 14 años cuando "por problemas familiares" abandonó la vida rural y se marchó a esa urbe en busca de trabajo. Sin embargo, Machaca afirma con mucha convicción que durante todos estos años no ha dejado de ir a su comunidad los fines de semana.

Generalmente los trabajos que consiguen los migrantes que llegan a las ciudades son empleos precarios sin seguro laboral ni de salud y la familia es una vía de inserción en esto. Según Machaca, sus familiares le dieron el trabajo de costurero, el cual ejerce hasta hoy. Cose chamarras de cuero que tienen una demanda temporal en la época de frío que va entre marzo y julio.

Su trabajo y su familia lo atan a El Alto, entonces Machaca sólo tiene tiempo los fines de semana para estar en la comunidad y cumplir con las obligaciones sociales. Cuando está en el campo, prepara la papa, el cultivo principal, rotura la tierra, siembra, hace los cuidados culturales. "Cuando es época de siembra voy con mis hijos, hay que fumigar. A la cosecha va toda la familia. En dos o tres fines de semana acabamos de cosechar".

Nicolás Mamani es otro 'resi-



Vista aérea de la ciudad de El Alto, habitual destino de los migrantes del área rural.

dente' permanente. Tiene 49 años de edad, nació en el municipio de Palca ubicado en una cabecera de valle al sur de la ciudad de La Paz. Actualmente vive entre la ciudad de La Paz y su comunidad. En su comunidad cerca al 50 por ciento de los pobladores son 'residentes', "yo soy un residente", resalta.

En la ciudad trabaja de taxista y en su comunidad es un pequeño productor de hortalizas, papa, quinua, haba y oca. Explica que no vende sus productos, "guardamos para consumo propio". Este año le tocó ejercer un cargo en su comu-

nidad por la parcela de tierra que posee. De esa manera la vida cotidiana de Mamani transcurre entre la ciudad y su comunidad. "En la ciudad tengo mi casita y mi familia vive allí".

La ventaja, según explica, es que su comunidad está a menos de una hora de viaje de la ciudad de La Paz.

Pero Como muchos, este campesino anhela volver por completo al área rural. "Si hubiera agua para riego en mi comunidad volvería a vivir al campo. A mis hijos les he dicho voy a ir a morir al campo".



## Testimonios

Yo produzco es papa, haba y cebada, mucho depende de la lluvia, hay buen y malos años, yo recuerdo una años mucha producción hasta hemos vendido 50 arrobas de papa, 30 arrobas de haba y hemos elaborado chuño y lo demás se guarda para doto el año. Cada año es diferente pero siempre hay aunque poquito, los productos que nos traemos del campo ayuda para alimentar a la familia, mi señora no compra papa, ni aba.

Me pongo triste cuando voy al campo solo voy como visita me acostumbrado siempre ir y venir, cuando este más cansado pienso regresar a mi comunidad" (Juan Machaca, 50 años, es residente, nació en una comunidad del municipio de Taraco).

# Cómo un agricultor hizo de la tapicería su oficio en la ciudad, pero mantuvo un permanente vínculo con su vida en el campo: La historia de Jovito Oruño

*Los escasos recursos para la subsistencia familiar en la comunidad Taypuma Centro empujaron al joven agricultor Jovito Oruño a migrar a la ciudad en busca de otros ingresos que solventen la vida de su familia. Aunque eso sucedió hace 31 años, la falta de un terreno apropiado para la producción agrícola, la falta de agua, el abuso de los comerciantes intermediarios, los cambios en el clima y afectaron a los pobladores rurales sino que se han incrementado y conforman un*

**A**unque grandes contingentes de campesinos abandonan el área rural, esto no significa que abandonan por completo su vínculo con la producción en sus parcelas, ni con el cumplimiento de cargos en sus comunidades. Es el caso de Jovito Oruño, quien al llegar a la ciudad, se hizo del oficio de tapicero de vehículos, pero mientras trabajaba en esa actividad citadina, también conservó su relación con la economía, la organización y la cultura de Taypuma Centro, su comunidad de origen. Esta que se puede considerar doble 'identidad', hizo de él un agricultor a medio tiempo.

Desde una visión analítica, Gonzalo Colque, investigador de la problemática agraria y director de Fundación TIERRA, afirma que "los pobladores rurales están atrapados en la extrema pobreza" y como una estrategia "...de vida son inducidos a una creciente 'multiactividad y multiresidencia', lo que implica menor tiempo de dedicación a la agricultura."

Cuando Oruño cumplió 23 años, decidió marchar a la ciudad.



El agricultor a medio tiempo, Jovito Oruño.

Encargó "sus ganados" a su madre y dejó de cultivar papa en la parcela de su padre Rafael Oruño, ubicada en Taypuma, que se sitúa en el municipio Waldo Ballivián a más de 80 kilómetros de la ciudad

de La Paz.

Era 1985 cuando llegó a El Alto, un año antes de que esa urbe obtenga el estatus de ciudad. Estaba casado y tenía dos hijos, pero Jovito tuvo que ir solo

a la ciudad. Su primer hogar fue un cuarto que habitó en calidad de cuidador en un terreno que era propiedad de su tío Evaristo. Con una mezcla de nostalgia y desazón en la voz, sentado en medio del patio de la que fue la casa de sus padres en su comunidad, recuerda: "Ahí vivimos porque no pagaba alquiler, solo del agua y la luz. Eso me ayudaba". Como fue para él, esa ciudad ha sido y es habitual destino de campesinos que provienen del altiplano paceño empujados por la desazón económica y el sueño de mejores opciones de vida.

Mirando desde otro ángulo, se puede afirmar que hasta el momento en que decidió migrar a la ciudad, Oruño fue parte de ese gran conglomerado de productores que los especialistas catalogan como agricultores familiares porque cultivaba la tierra dentro de su familia y los frutos obtenidos eran para el autoconsumo. En Bolivia este sector representa el 98 por ciento de las unidades productivas agrícolas (UPA), según los datos del último Censo Nacional Agropecuario de



Jovito Oruño abrevando a una de sus vacas.

*contexto adverso que impide permanecer en el campo y vivir de lo que da. La ciudad, en cambio, brindó desde entonces y ahora con mayor espectacularidad, una aparente gama de oportunidades con un retorno económico más inmediato para las aspiraciones de jóvenes campesinos como Oruño, 'solo' a condición de la venta de la fuerza de trabajo.*



La casa de Jovito en la comunidad Taypuma Centro.

2013, anotados y analizados por el investigador Jose Luis Eyzaquirre en el estudio "Importancia Socioeconómica de la Agricultura Familiar en Bolivia". El restante dos por ciento está constituido por las UPA de grandes propiedades, muchas de las cuales están dedicadas al agronegocio, especialmente en Santa Cruz. En el transcurso de su vida, muchos de los campesinos, como Jovito, dejan la agricultura familiar y se convierten en "agricultores a medio tiempo."

El joven Oruño decidió dejar su comunidad porque no contaba con buenas condiciones para la producción agrícola en la parcela de su padre y por tanto no tenía un ingreso suficiente para sostener a su familia. Los intereses de su madre y de su hermano mayor se imponían y lo dejaban con la parte menos productiva de las 22 hectáreas de tierra que poseía su padre. "En la misma familia no somos iguales: como sembrábamos juntos, me daban la parte que no sirve. Me decían que siembre allí. Como era menor, tenía que aceptar. De esa manera dije que así

nos tratarían cada vez, entonces prefiero irme", describe en una mañana primaveral bajo la tozuda intensidad del sol altiplánico de la cual lo protege un pequeño sombrero de tela.

Los jóvenes rurales que llegan a las ciudades se ven enfrentados a un gran desafío por la sobrevivencia. Bajo el signo de la discriminación social, son empujados a la explotación laboral, al trabajo informal y sin el goce de los beneficios sociales ni estabilidad. Atendiendo a sus memorias, Oruño dice: "Allí, en la ciudad, no es fácil encontrar trabajo. Es difícil. Yo no sabía [hacer] nada, como vivía en el campo, tenía que hacer de todo lo que se podía. Hasta de electricista trabajé. Pero cuando uno es del campo siempre lo discriminan. He tenido que aguantar una y otra cosa."

La dura realidad se repite hasta el presente, ahora con más intensidad debido a la mayor presión demográfica, mayor oferta de mano de obra no calificada, la creciente depauperación laboral y el desmesurado incremento en la informalidad de la economía urba-

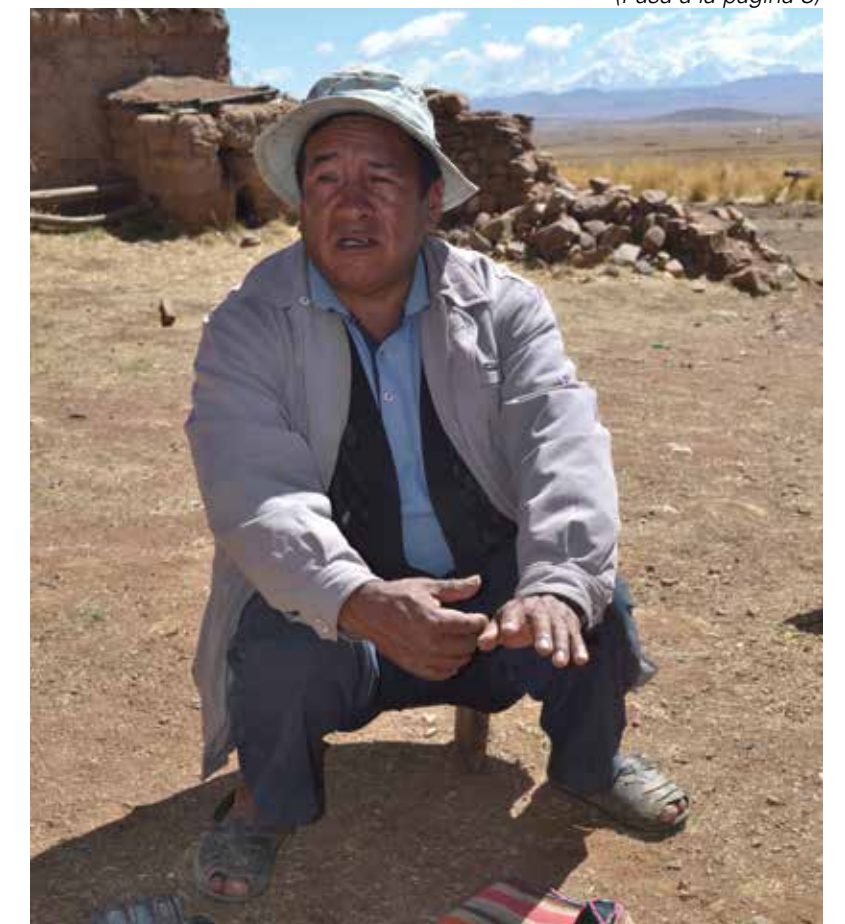
na. Después de tres décadas de vida en la ciudad, Jovito Oruño ve la situación de esta manera: "Los

jóvenes van a probar suerte, pocos llegan a estudiar, la mayoría trabajan como albañiles, chóferes, vendedores, o lo que sea para la sobrevivencia. Pero también hay algunos que mejoran con su trabajo". Con algo de tristeza repite: "[La mayoría] Terminan el colegio, se van a la ciudad, terminan el colegio, se van a la ciudad".

Jovito, el menor de cinco hermanos, también vivió esta difícil inserción a la vida citadina. Contó con ayuda familiar para la incursión en la urbe alteña, pero esa experiencia le ha dejado un recuerdo penoso: "Mi hermano Nicolás tenía su taller de tapicería, así que allí estuve un tiempo en 1986. Como mi hermano era mayor, él no me pagaba. Era mi hermano, cómo le iba a cobrar también. Para comida me daba y nada más. Pero, ¿la familia qué? Me preocupaba y me apenaba."

Por lo visto en algunos casos, estas fuerzas adversas pueden ser las que estimulan las ansias de superación de los migrantes.

(Pasa a la página 8)



# Agrigultor a medio tiempo: La historia de Jovito Oruño

*(Viene de la página 7)*

Tal vez por eso, Oruño decidió independizarse de su hermano mayor y salió en busca de mejores ingresos. “Aprendí a ser tapicero y tomé la iniciativa. Abandoné a mi hermano y busqué otro taller en el año 87. Con eso me solventé y mandaba por lo menos algo [de recursos] aquí [al campo]”, recuerda con la satisfacción pintada claramente en su rostro.

La combinación entre especialización e informalidad en las dinámicas económicas urbanas posibilita que ciertos oficios sean más rentables. La inexistencia de una cultura y fiscalización tributarias, el precio rebajado de insumos que llegan por la vía del contrabando y la exigua remuneración por mano de obra posibilitan un mayor rendimiento a las iniciativas privadas. Algunos agricultores que se benefician de esas ventajas y logran un oficio ‘exitoso’, ven coronadas sus expectativas de mayores ingresos y cierta estabilidad económica. Algo de eso sucedió con Oruño. Consolidó su oficio en la ciudad y llegado el momento llevó a su esposa Candelaria y a sus hijos a vivir en El Alto. Fue una



Candelaria Mamani, esposa de Jovito Orulo, en el ingreso de su casa en la zona Huayna Potosí de la ciudad de El Alto.

decisión resistida por su cónyuge, quien no quería abandonar la vida rural. Pero él pensaba profundizar su actividad en la ciudad y quería un mejor futuro para sus hijos. Lo cierto es que una vez en la urbe alteña, toda la familia se involucró y especializó en el trabajo de tapicería para vehículos.

“Con el trabajo hemos cambiado, ha mejorado la situación. Hemos tenido un buen taller, ahí hemos mejorado. Después tuvimos a un chapista más, así que cuando no había trabajo de tapicería, ayudaba al chapista. Estábamos donde mi tío que tenía un patio grande. Ahí operamos bien.”

Wilma, la segunda hija de Jovito, recuerda que Edgar, su hermano mayor, se especializó a tal grado en las labores de tapicería, que en su juventud estudió mecánica automotriz en la Escuela Simón Bolívar. “Su sueño era abrir un taller grande de tapicería y mecánica automotriz”, comenta.

Reuniendo los escasos recursos que le reportaba la actividad agrícola y los que obtenía en la tapicería, logró costear una vida con cierto confort para su familia. Posibilitó que sus hijos estudien, los encaminó en un estilo de vida más urbano que rural y construyó una vivienda en la zona Hayna Potosí de El Alto.

Edgar, su primer hijo, consiguió su bachillerato en el Centro de Educación de Adultos y por ser el mayor, cargó con la responsabilidad de sus hermanos menores cuando sus padres estaban ausentes. Wilma recuerda que él “...trabajaba de voceador desde muy chico, luego aprendió el oficio de tapicería y ayudaba mucho a mi padre”. Pero las ansias de

superación alejaron a Edgar de la vida agrícola. La cercanía a los automotores derivada del trabajo en la tapicería de su padre, lo llevó a convertirse en mecánico automotriz y con compañeros de su carrera abrió un taller en El Alto. Luego estudió electricidad en el Instituto Arias Paz. La buena calidad de su trabajo hizo de él “uno de los mecánicos cotizados en El Alto”, describe su hermana. Su fama le permitió ser contratado como mecánico oficial del cuartel de las Fuerzas Armadas ubicado en Curahuara de Carangas, Oruro. Sin embargo, los automotores que fascinaron a Edgar y le abrieron las puertas a una profesión rentable, también terminaron con su vida en un accidente de tránsito cuando viajaba por la carretera a Oruro desde su taller al cuartel.

Wilma, hermana menor de Edgar, tras su bachillerato tuvo la oportunidad de una beca por tres meses a Cuba para hacer trabajo social comunitario. “A mi retorno me incorporé a los programas de apoyo social del Gobierno en mi municipio: alfabetización, focos ahorradores, operación milagro con los médicos cubanos entre otros”. Luego, rememora, “poco o nada ayudaba a mi familia por lo tanto entré a la Universidad Mayor de San Andrés, al Programa Justicia Comunitaria donde me gradué como técnica superior”.

*(Pasa a la página 11)*



# Cambios 1: La 'modernidad' llegó al campo con químicos y tractores

*Con medio siglo de vida en sus espaldas, el campesino Jovito Oruño mantiene su convicción rural y de productor agrícola, pero también es realista y ha resignado la aspiración de que su familia continúe con esta forma de vida. Piensa que sería difícil que sus hijos retornen al agro y se hagan cargo de las tierras porque cree que no tienen el conocimiento ni las habilidades necesarias.*

"...no van poder continuar los trabajos que tenemos, porque aquí tienen que estar constantemente. Hay que saber en qué tiempo sembrar, en qué tiempo cosechar, en qué tiempo hacer chuño. Todo tiene su tiempo, entonces si queremos mantener el terreno, sé que ellos no van a poder."

¿Qué cambió en el campo en las últimas tres décadas? No mucho y mucho. En primer término, aún los niveles de pobreza son elevados, no hay una adecuada política que estimule concreta-



Jovito Oruño en la parte posterior de su vivienda, donde está estacionado su tractor.

mente la producción agrícola familiar, continúa la migración hacia las ciudades y el exterior. En contrapartida una supuesta 'modernización' ha llegado a la producción de las comunidades de la mano de la mecanización, los químicos y los cambios en los hábitos alimenticios. El clima también ha cambiado, ahora las épocas de sequía son más largas y las de lluvia más cortas; la feminización y envejecimiento de las comunida-

des son consecuencia del silencioso pero masivo abandono del campo. En los pueblos se quedan solo ancianos, mujeres y niños.

Nuestro personaje hace un recuento. En una ola que desde la visión externa puede describirse como 'modernización' de la labranza, los tractores llegaron a las comunidades y a las parcelas, pero también los agroquímicos. A pesar de este 'avance', Oruño aún cultiva papa, quinua y cebada orgánicas, rechaza los químicos que sus vecinos emplean cada vez con mayor frecuencia. Explica que por eso sus papas aún son atacadas por los gusanos, pero reivindica que el uso de abono natural evita el daño a la salud de los consumidores, a diferencia de los productos cultivados con químicos.

El problema, sin embargo, es mayúsculo desde la perspectiva de este agricultor, puesto que las autoridades comunales no se ocupan de las consecuencias que pueden traer el uso de estas sustancias en los cultivos. Oruño explica que en los amplios de su municipio no se ha tratado el tema y cree que la dirigencia de Taypuma está "politizada" y ahora se ocupa pensando a quién apovar y a quién no frente a las instancias de poder. Explica que la incursión de los químicos es

reciente y data de hace cinco años y que provino de la provincia Aroma, con la que su comunidad colinda. Según él los productores vieron que en Aroma había un mayor rendimiento con el uso de los químicos y por eso se animaron progresivamente a usarlos. Reitera la ventaja de usar abono natural frente al químico. "Los suelos con los químicos están completamente contaminados y ya no sirven para pastoreo. entonces ya no da buen pasto. Lo mismo con la cebada que ahora solo da dos años. Si se siembra con abono natural, entre tres y cuatro años se puede cultivar la cebada. En cambio con químico no se puede".

Pero si Oruño rechaza los químicos, en cambio acepta la mecanización del agro. Durante su permanencia en la ciudad, sus ingresos le han permitido comprar un pequeño tractor que le ayuda grandemente pues reduce el tiempo de siembra de tres a un día, según explica. La mecanización también llegó a su comunidad y hay tractores que se alquilan, pero según nuestro personaje la gran demanda retrasa el trabajo porque hay que esperar que la máquina termine primero la parcela de los vecinos.





# Cambios 2: En el campo no es una novedad que el agua escasee

*La necesidad de agua en el campo obliga a los agricultores a buscar diversas fuentes: vertientes, excavación de pozos, entre otras. Es un problema que lejos de solucionarse, ha crecido en el campo empujado por los cambios en el clima. El Gobierno ha diseñado programas millonarios que intentan resolver la escasez pero que según los agricultores no abastecen todas sus necesidades.*

A sus 12 años de edad, es decir, en la década de los años 70, Jovito Oruño acarrea agua cotidianamente en una tinaja de barro junto con sus hermanos mayores, en la comunidad Taypuma Centro. Caminaban más de dos horas desde la fuente donde se encontraba el líquido. Hoy, a pesar que tiene un pozo de agua en su propiedad, el problema lejos de resolverse, ha crecido. Algo que conoce sobradamente desde que era niño, lo mismo que sus vecinos y los habitantes de su comunidad de origen.

Temprano por la mañana, diariamente Jovito Oruño lleva a sus cuatro vacas y un becerro a pastar en los alrededores de su casa, pero antes debe llevarlas a un improvisado abrevadero instalado cerca del pozo de agua que hay en su predio. Debe servir el agua a los animales en baldes de plástico y en una piedra tallada expresamente para ese propósito.

En el área rural el agua además de cubrir las necesidades básicas de las personas, de higiene y alimentación; debe ser suficiente en cantidad y calidad para el riego de los cultivos y la alimentación del ganado. Estos requerimientos hacen de este elemento un bien tan preciado por los productores agrícolas, que aquellos que tienen la suficiente fortaleza, no escatiman esfuerzos para conseguirlo. Otros, en cambio, deben resignarse ante las circunstancias, lo cual los impele a buscar otras fuentes de ingresos, por lo general migrando a las ciudades.

El actual Gobierno ha diseñado sendos programas y proyectos, uno de los cuales es "Mi agua" con un financiamiento de Bs 2.832 millones provenientes de la Corporación Andina de Fomento y el Tesoro General del Estado, para atender las necesidades de riego de los productores campesinos e indígenas. Sin embargo esta ayuda llega a los beneficiarios mediada por los municipios. Según información oficial, hasta el momento



Jovito Oruño y su hija Wilma, abrevando al ganado con agua de pozo.

el programa posibilitó "42.848 nuevas hectáreas de riego".

En muchos casos esto no pasa de ser un paliativo que no resuelve el problema estructural de falta de agua. Oruño lo siente así: "... aunque el Gobierno ha sacado el programa Mi agua, eso no nos abastece. Tenemos terrenos muy accidentados, con quebradas, entonces no nos llega a todos... eso es un problema. Algunos se benefician, no es que no. Pero más que todo necesitamos agua para riego, para mantener nuestros ganados".

Esto significa que las políticas públicas aún no han tenido los resultados esperados por muchos de los afectados por la escasez estructural de agua.

Hace más de una década, Oruño y su padre excavaron dos pozos en su propiedad, uno de ellos fracasó debido a una deficiente construcción, pero otro aún proporciona agua a la familia y a sus ganados. A pesar de esto, Jovito explica que su fuente de agua se está secando -lo mismo que las de los comunarios del lugar- por los drásticos cambios en el compor-

tamiento del clima. Describe: "...en otros lugares ya se está secando. En lugares más altos se está secando. Es que ya no está lloviendo. Antes llovía, de los cerros el agua alumbraba como un espejo. Caía la helada y el hielo iluminaba. Ahora ya no hay, ¡todo está seco, seco!", enfatiza.

La magnitud de la sequía, que según los expertos es la más intensa de los últimos 25 años, ha agravado la situación en 2016. Al iniciarse la primavera ya se esperaban las primeras lluvias, pero este año no ha caído ni una gota en esa época. Entonces, la frustración que invade a Oruño, es un sentimiento común en los productores del lugar. "Todo ha cambiado. Antes en octubre ya sabía llover. Eso nos ayudaba a preparar el cultivo. Este año no es así. Se nubla, parece que va a llover pero llega el viento y se lleva las nubes", explica el agricultor.

La escasez de agua se ha convertido en un problema crónico y en medio de la reflexión que hace nuestro personaje acerca de esta temática, no puede dejar de reme-

morar cómo conseguían el líquido en el pasado: una conciencia de anécdotas de niñez y juventud alentadas por la necesidad básica de contar con el líquido día a día.

Con tristeza relata que en una ocasión que fue por agua, tuvo un percance y rompió la tinaja de barro: "...ahí lloramos porque la mamá nos pidió y nosotros llegamos sin tinaja ni agua, nos pusimos a llorar. En ese tiempo no había ni latas, era un sacrificio traer agua".

Así como hubo experiencias tristes, también la necesidad obligó a su familia a ingeniárselas para dotarse de agua. Jovito recuerda que en algunas ocasiones, tomaron el líquido a hurtadillas de una propiedad privada que siempre estaba abastecida y que estaba más cerca de su casa que la fuente a la que acudían ordinariamente. Explica: "Aquí cerca hay un lugar de un vecino donde siempre había agua. Sabíamos ir a media noche o a las dos de la mañana a robar agua por no ir lejos. Ese vecino tenía un pozo. Desde allí era aproximadamente una hora y media".

# La alimentación cambió del pito al pan, del queso y el huevo al pollo y el fideo

*La dieta alimenticia ha cambiado en el área rural, esa puede ser la principal conclusión del relato de Jovito Oruño, un productor de 54 años que describe cómo en su niñez consumía cotidianamente pito de cañahua y ve que en la actualidad los niños prefieren el pan. Lo mismo sucedió con el queso y el huevo que en la actualidad están siendo reemplazados por el pollo y el fideo, debido a que, por ejemplo, los derivados lácteos son producidos solo para la comercialización.*

En las últimas cuatro décadas, se operó un cambio en la dieta alimentaria del área rural. A sus 54 años de edad, Jovito Oruño, oriundo de la comunidad Taypuma Centro, en el altiplano paceño, recuerda que en su niñez no comía pan. "...no conocíamos. A la semana una vez, el día de feria. En cambio consumíamos pito. Mi mamá llenaba wayaqitas para cada uno. Si no había pito, *q'ispiña*. Ahora ya no, los hijos ya no quieren." Con esta comparación ilustra la transformación en la alimentación y describe la vigencia del pan en los gustos de las actuales generaciones campesinas. En alusión a la célebre frase cristiana "el pan nuestro de cada día", se puede decir que ese alimento realmente no es nuestro y es un signo más de la penetración cultural.

Este cambio ha tenido una consecuencia en la producción agrícola. Oruño explica que antes se sembraba trigo. "Eso daba en los cerros y ahora la gente parece que ya no siembra... estamos

cambiando. Antes teníamos pito de cañahua, ahora los niños están acostumbrados al pan. Prefieren consumir lo más fácil que cultivar el trigo."

En su reflexión Oruño se pregunta por qué la generación actual prefiere esos alimentos y la respuesta que ensaya es contundente. "¿Me pregunto por qué? Ahora ni phisqi quieren, sabemos que es buen alimento, pero no sé, van a lo más fácil de cocinar, a lo más rápido. Prefieren comprar hecho." Las palabras de Jovito permiten una suerte de digresión en sentido de que este comportamiento alimentario ha permeado hasta el grado de consumir productos elaborados y dejar de cocinar en los hogares.

Adicionalmente, en la actualidad la dieta alimentaria incluye el pollo y el fideo y va dejando de lado el queso y el huevo. El afán de comercialización de derivados lácteos como el queso, es el origen de este cambio. "Antes se hacía secar el queso y comíamos

el queso c'olo (duro), era rico. Pero ahora ya no hay eso, todo se va directo a la venta. Así nomás ya es ahora. Ahora en vez de queso y en vez de huevo la gente come pollo y fideos. En las ferias ya hay pollo, antes no había. Las ferias también nos han enseñado a consumir alimentos chatarras", describe Oruño.

A propósito de las ferias, que son comunes en el área rural, Oruño también describe las nuevas dinámicas de estas actividades. "Ahora las ferias son más seguidas, antes solo una vez a la semana, pero ahora como hay movilidad, es fácil llegar, antes la gente iba y regresaba a pie. Antes las ferias duraban todo el día, hasta las cinco de la tarde, ahora solo hasta las diez de la mañana, después se vacía, no hay nada."

Y en este escenario de comercio por excelencia pervive aún una forma de intercambio no monetario: el trueque.

En el pasado los campesinos llevaban parte de su producción

de papa, chuño a las ferias "...y hacíamos un trueque con mandarinas, naranjas, todos los cítricos y productos del valle que traían de Los Yungas", relata Oruño. Según él, Pocota es el lugar de las ferias, está ubicada cerca de Taypuma. "Ahí se intercambiaba más".

Uno se pregunta ¿cómo funciona el trueque?, es decir, ¿cuál es la medida de intercambio? Oruño nos esclarece explicando que eso también ha cambiando. "Antes el trueque se hacía con la medida de los sombreros, ahora se hace con la medida de los bañadores. Antes tu llenabas un sombrero con papas y ellos te devolvían el mismo sombrero lleno de mandarina, esa es la medida. Ahora es el bañador".

Pero como se trata de ferias, otras familias llevan sus productos para venderlos, eso depende de las necesidades de cada productor. De esa manera confluyen dos sistemas de intercambio de productos, el trueque y la venta.

## Agrigultor a medio tiempo: La historia de Jovito Oruño

*(Viene de la página 8)*

Candelaria y Jovito tuvieron dos hijos más: Verónica que, según cuenta Wilma, falleció siendo niña porque no tuvo una buena alimentación cuando vivían en el campo. "No había médicos ni nutricionistas en ese tiempo".

El último fue Franklin, quién ahora es instructor de música en instituciones privadas. "Su afán es la música", explica Wilma.

En la actualidad, Candelaria es quien más apoya a Jovito en el oficio que solventó gran parte de la vida de la familia, "...pero a veces el menor, Franklin, también ayuda", explica Wilma.

Es muy común que los agricultores migrantes que viven regularmente en la ciudad, mantengan sus lazos con el campo. Oruño no es la excepción. Durante los años

de su permanencia en la ciudad, iba a su comunidad para ayudar a sus padres los fines de semana. Así lo recuerda: "Como la tapicería era trabajo personal (independiente) a veces venía en cualquier momento. Digamos que había que colocar abono, alistar para la siembra, venía siempre que tenía tiempo. En la época correspondiente, sembraba un pedazo de tierra que me dieron".

Además del vínculo económico está el organizativo. Todos los comunarios deben cumplir con los cargos que la organización de la comunidad les asigna, de lo contrario la propiedad de sus tierras corre riesgo. Mientras trabajó como tapicero, Oruño desempeñó algunos de los cargos que se habían encomendado a sus padres, según explica, porque ellos

eran ancianos y ya no podían cumplir. "Mi papá podía caminar con su bastón, pero no es lo mismo. Había que cumplir las costumbres del cargo y los trabajos [comunales]. Entonces comencé a venir más constantemente a Taypuma. Cumplí los cargos que les tocaban a mis padres, como Junta Escolar, después fui agente cantonal. Yo tuve que asumir esos cargos en los años 2000. Al mismo tiempo atendía la tapicería".

Estos hechos fueron abriendo el camino de su retorno al área rural, lo que en las dinámicas de la relación campo ciudad es relativamente frecuente. El regreso se hizo inevitable signado por la muerte. Según explica Jovito, su madre falleció en 2006, su padre al siguiente año y su hijo Edgar, en 2008. Ante esas adversidades,

Oruño se responsabilizó por las tierras y las obligaciones emergentes. "Más vale, decía yo, terminar el cargo estando con tiempo. Cuando uno es mayor, ya no hay caso porque ya no es lo mismo atender los problemas: ya no escuchas bien, ya no ves bien, todo eso afecta. Por eso que ahora ejerzo este cargo que es Sullka Mallku. Sigo yendo a la ciudad. Me faltan dos meses para terminar el cargo".

Como una ironía de la vida, Oruño volvió solo al campo, tal como partió de su comunidad tres décadas antes. Como sucedió al partir de Taypuma y ahora de El Alto, su esposa prefiere la vida que edificó en la ciudad junto a sus hijos.